EL COLOMBIANO
del domingo
1D
Coordinador: Reinaldo Spitaletta
Domingo abril 12 1998

Balada de las Islas Aran 2D

¿Yo un N.N.? Encontrar la verdadera identidad genera grandes beneficios 3D

Habla Augusto Pinilla
Poesía para repensar el mundo

4D

Un siglo de vida en Medellín
Rompecabezas de la memoria colectiva 5D y 6D

Fernando Restrepo
Física de una pasión o una pasión por la física 7D

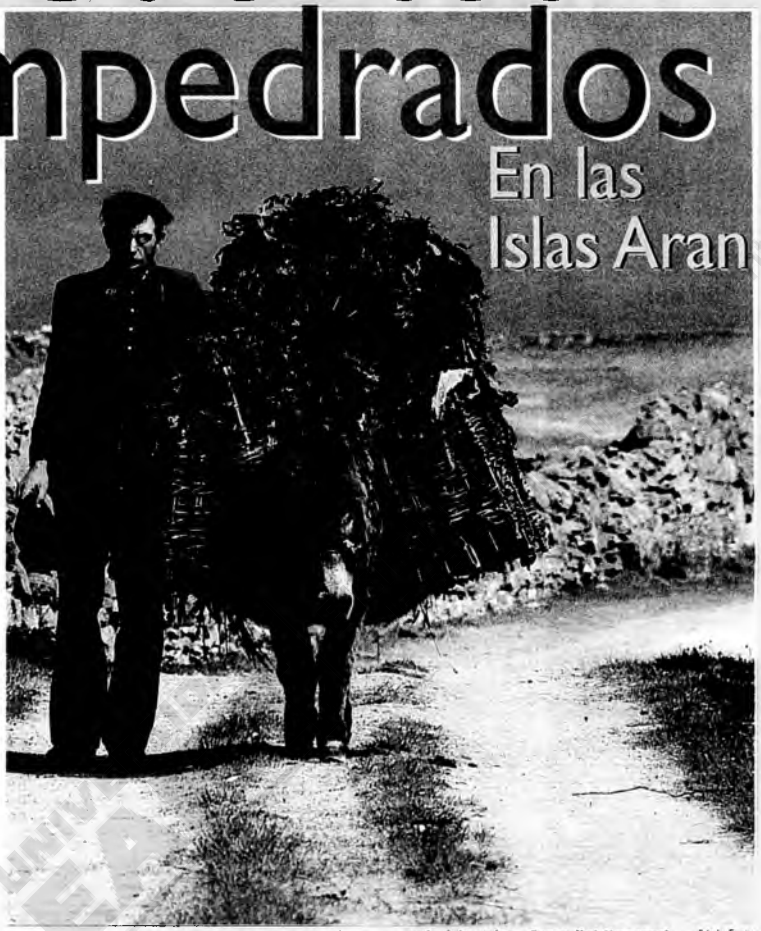
Río y Montevideo
Tiempo de Carnaval

8D

Cuentos empedrados

En las Islas Aran

SIMPLES Y *majestuosas. En la boca de la Bahía de Galway, al noroccidente de la República de Irlanda. Son las Islas Aran. La tres más grandes -y habitadas- se extienden a los largo de 25 kilómetros: Inishmore (Inis Mór o "isla grande", de 31 kms cuadrados), Inisheere (Inis Oírr o "isla occidental", la más pequeña, de 10 kilómetros cuadrados), e Inishmaan (Inis Meáin, "isla del centro", que se extiende 5 kilómetros de oriente a occidente). Las tres del olvido, diminutas e inhabitadas son Rock. Brannock y Straw.*



Usted puede caminar y caminar sin encontrarse a alguien. Y, de pronto, en medio de las piedras... ¡Buenos días! ¿Y esa carga? Foto Le Figaro

Por
MARGARITAINES RESTREPO SANTA MARIA
Medellín

"Allí, uno no podría encontrar un árbol para colgar a un hombre ni agua para ahogarlo ni tierra para cubrirlo..." Sí. Al mirar, rápidamente, las islas Aran, uno podría pensar lo mismo que sobre ellas y el norte del Condado de Clare, tenía en su cabeza el Protector inglés y dominador de Escocia e Irlanda, Oliverio Cromwell.

Ahí, en el Atlántico, como tres ballenas grises y durmientas -las describen en varias ocasiones-. Imperio de la piedra, con olor a aridez y un gris regado por todas partes... Piedra, piedra, más piedra. En muros de fortalezas y ruinas, sobre caminos, en forma de tapetes de lajas que parecen martilladas; en la delimitación de senderos, transformadas en repetitivos bayados -que dan a la superficie la apariencia de retazos- o trabajadas por el mar, en los acantilados; ¡ah!... e incrustadas en la tierra como pedacitos de caramelo en Bizcocho de Angel.

Entre santos y otros

Algunos las asocian con la palabra irlandesa, Ara (riñón), por la forma de Inishmore, la más grande. Otros toman su nombre como abreviatura de la expresión Ard thuinn ("altura por encima de las olas"). Las han llamado Las Islas de los Santos, por ser lugares que, motivo rezo, estudio o retiro, ellos frecuentaron. Comenzando por San Enda -que fundó, allí, un monasterio hacia el 490-. Y en la lista colocando a Colmcille, Cuarán, Brendan...

Se las pelearon familias. Fueron estratégicas, en las luchas británicas con Francia y España. Alojaron tropas de Cromwell. Y sacerdotes católicos que esperaban ser deportados (a West Indias). Han cautivado a productores de cine (película El hombre de Aran, de Robert Flaherty -1934-). A escritores (John Milligton Synge les dedica un libro; Liam O'Flaherty nació en una de ellas). A poetas (encuentro internacional, con el Nobel Czeslaw Milosz, en 1997). Y hoy, ante todo, al turismo ecológico -que llega en barco o pequeños aviones-, de mayo a septiembre.

Foto Margaritaines Restrepo Santa María

Una bicicleta, un morral, senderos de paz absoluta, puertas abiertas, un buen pescado, bayados por todos lados... Y en Inisbeer la apariencia de una colcha de retazos.

Lo elemental: presente

Y entre historia e historia, surgen imágenes de la superficie ondulada de las Islas Aran. Misteriosas y mágicas. Aferradas al valor de lo elemental y alejadas de la avalancha de la sociedad de consumo. Entre el duro aislamiento al que las somete, por épocas, el mal tiempo -con mar traicionero de por medio-, y las olas de turistas con las que la vida moderna toca a la puerta.

Del Domingo 2D ▶

Anillo con corona

Erase una vez un chico irlandés, llamado joyes o Joyce, que fue raptado por unos piratas algerianos. Y que permaneció cautivo en Túnez años y años. Se especializaría en trabajo de metales preciosos (en especial oro y plata). Sería un joyero de traca mandraca.

Foto Fallers

Por un acuerdo de Guillermo II, hacia 1689 -que lograría la liberación de súbditos cautivos en manos de moros-, regresaría a su tierra, en el condado de Galway, cerca de las Islas Aran.

A ese artesano le atribuyen las primeras versiones del anillo Claddagh (que lleva el nombre de la aldea donde el artesano vivía; comunidad autónoma, con rey y flota), un diseño que asocian, con cierto arquetipo celta y que incluye un corazón (amor) coronado (lealtad) y sostenido por dos manos (amistad, solidaridad); una pieza que, poco a poco, se popularizó, y ocupó su nicho en la sociedad: se emplearía para matrimonios, pasaría de generación en generación; sería repetido en broches, aretas, pulseras, collares, relojes... Claddagh, como pueblo, ya no existe. Anillos como ese han usado en España y en Gran Bretaña. Según la tradición... El anillo en la mano derecha, con la corona hacia adentro indica que el corazón de quien lo luce está desocupado; y, hacia afuera, que el amor está en consideración; en la mano izquierda, con la corona hacia afuera, muestra realmente que el corazón está más que ocupado.